

LA ESCUELA SIN DIOS.

I.

ESTADO DE LA CUESTION.

SU EXTRAORDINARIA IMPORTANCIA.

La cuestion, sobre la que quisiera arrojar aquí un poco de luz para hacerla comprender bien á los padres de familia, se resume en esto:

¿La escuela á donde enviamos á nuestros tiernos hijos á recibir la instruccion elemental, ha de ser cristiana y ayudar así á la Iglesia á formar cristianos, ó bien no ha de ocuparse en manera alguna de la Religion, y dejar ese cuidado exclusivamente al Sacerdote y á los padres de familia?

¿Debe ser cristiana la escuela, ó ha de ser sin religion?—¿Dónde está la solucion del problema?

¿Sois cristiano? ¿Creis en Dios, en Jesucristo y en su Iglesia, ó sois de los que llaman en el dia *un revolucionario*, es decir, un hombre que vive sin religion, fuera de Jesucristo y de su Iglesia, y que tiene por principio que la sociedad ha de ser como él? Ahí está todo; de ahí depende todo.

—9—

Si sois cristiano, sin duda quereis que vuestro hijo sea y permanezca cristiano. Desde luego habeis de querer que la escuela á donde envieis á vuestro hijo, os ayude á hacer de él un cristiano. Debeis querer, y quereis, que el maestro ó maestra á quien confiais vuestro hijo, no solo no le quite la fé de su bautismo, sino que coopere, en cuanto le sea posible, á la grande obra de su educacion, la cual, ante todo, debe ser cristiana, puesto que todo cristiano es cristiano ante todo.

Para los padres y madres cristianos, la cuestion de la escuela, tan agitada en el dia, no tiene más que una solucion posible, lógica, racional: “Sí, la escuela en que hacemos educar á nuestro hijo debe ser cristiana; debe ayudarnos á hacer de nuestro hijo un cristiano.”

Para incrédulos y revolucionarios, la solucion es del todo opuesta; y responden por la voz de sus diarios, de sus diputados, de sus franc-masones, de sus consejos municipales:

“Nosotros no queremos escuela cristiana; queremos que la escuela en que pongamos á nuestros hijos sea, como nosotros, sin Dios, sin Religion.”

¿Quién se equivoca, los Cristianos, ó los revolucionarios?

Si los padres cristianos estuvieran en el error, si Jesucristo no fuera el verdadero Dios vivo, á quien toda criatura debe obedecer, si la Iglesia no fuera su enviada, encargada por él de salvar y de santificar á los hombres, es evidentísimo que los revolucionarios tendrian razon en no querer religion en la escuela ni en ninguna otra parte. Ellos serian lógicos, y nosotros seriamos absurdos, ciegos, estúpidos.

Pero felizmente para nosotros, y desgraciadamente para ellos, los revolucionarios están en el error, de la cabeza á los pies. Sabiendo, ó sin saberlo, de buena ó de mala fé, hacen la guerra al verdadero Dios; desconocen ó al menos, ignoran á Jesucristo y á su Iglesia;

atacan lo que debieran bendecir, y aclaman lo que debieran maldecir.

Lo repito, en la gran cuestion de la escuela cristiana ó no cristiana, la solucion depende enteramente del punto de vista en que uno se coloque, de la creencia ó no creencia de los que hablan de ella. Para tener la solucion verdadera, la única verdadera, es necesario, de toda necesidad, remontarnos más arriba y resolver previamente esta triple pregunta, de la que depende toda la vida.

¿Hay un Dios y una religion verdadera? ¿Jesucristo es Dios? ¿Es la Iglesia enviada de Jesucristo y depositaria de la verdadera Religion?

Mientras no háyais resuelto, afirmativa ó negativamente, estas tres preguntas, que no forman más de una, jamás podreis resolver racionalmente la cuestion de la escuela.

Bajo el punto de vista de los revolucionarios, ellos son lógicos; pero su punto de vista precisamente es el falso; se engañan en el punto de partida, que los pierde.

II.

QUIÉNES SON LOS QUE HAN SUSCITADO ESTA CUESTION.

Hay un medio sencillísimo, y por decirlo así, infalible para juzgar de una cuestion ántes de examinarla en sí misma; y es, considerar de cerca á los que están

en pro, y á los que están en contra. Si de una parte encontrais á los buenos, y de otra á los malos, asegurais vuestro negocio poniéndoos de parte de los buenos, sin temor de engañaros.

Ahora bien, en la gran cuestion que nos ocupa aquí, la cosa es clara como el dia: de una parte las gentes de bien, y de la otra las gentes de mal.

Los que quieren hacer á la NACION el bello presente de la educacion sin religion, de la escuela radicalmente separada de la Iglesia, ¿quiénes son?

De arriba á bajo de la escuela social, desde los más gordos gobernantes hasta los más flacos gobernados, son revolucionarios, es decir, hombres extraviados ó perversos, maniqués ó malvados, que tienen por principio que la sociedad debe vivir sin religion, sin fé, sin oracion.

Son impíos ó incredulos, sin excepcion. No todos piden con igual celo poner fuera de la ley á Jesucristo y á su Iglesia; pero todos son partidarios del sistema que hace maravillosamente sus negocios.

Son franc-masones, miembros de la Internacional, sectarios anticristianos de las Sociedades secretas, en una palabra, todos los conspiradores, grandes y pequeños, ministros ú obreros, ciudadanos ó Comuneros.

Los que quieren desterrar de nuestras escuelas la religion, son todos los de mal vivir, todos los que no tienen religion en ninguna parte, ni en casa, ni fuera de ella; son todos los periodistas de mala reputacion; son todos los demagogos. Es la multitud, desgraciadamente considerable, de los espíritus fuertes, que creen cuanto les anuncian diariamente los papeles revolucionarios, dirigidos, como todos saben, por la nata de esos ambiciosos sin vergüenza, sin conciencia, sin patriotismo, que no tienen más que una inspiracion: llegar al poder, si no están en él; mantenerse en él, si ya lo están; juntar dinero; darse buena vida; todo á expensas de la

patria y especialísimamente del pobre pueblo que tiene la simpleza de creerlos.

Todas esas gentes piden la exclusion absoluta de la Religion de nuestras escuelas, por el interés, dicen ellos, de la patria, de la sociedad, de la familia; y ya se entiende que por el interés tambien de la Religion misma y del respeto de que la Iglesia y el Sacerdote han de estar rodeados.

¿Quién será tan simplon que los crea?

Si durante el sitio de Paris, hubiera venido el *bueno*, el *dulce* Bismarck, á proponer á los sitiados un medio soberano de salvar la ciudad y la Francia, ¿quién le hubiera creído?

Desconfiemos, pues, de los que nos proponen, diciendo que es para bien de la patria y de de la Religion, los Prusianos de dentro, nuestros Bismarck de todos colores. Si nos ponderan, tan acordes entre sí, la supresion de la escuela cristiana, y la inauguracion de su sistema de escuela sin Religion, es porque saben muy bien á donde quieren ir, ó mejor dicho, á donde quieren llevarnos.

Así es que, aun antes de todo exámen, ya podemos fallar en favor de las escuelas cristianas, con solo ver á los que no las quieren.

La escuela sin religion es un ideal, luego debemos rechazarla. No hay cosa más lógica.

III.

¿QUE, EN LA PRACTICA, NO OCUPARSE DE LA RELIGION EN LA ESCUELA, ES HACER IMPOSIBLE LA INSTRUCCION RELIGIOSA DE LOS NIÑOS?

Salgamos de las teorías, y considerémos las cosas en la práctica. Si el sistema de la escuela sin religion llegara á dominar, esto ocasionaría naturalmente la supresion de la instruccion religiosa, y por conciguente, la pérdida de nuestros pobrecitos niños. ¿Cómo?

Ved hai á los niños que llegan á la escuela á las *ocho* de la mañana, para salir á las *once*. Vuelven á ella á la *una* para salir hasta las *cuatro* y aun á veces hasta las *cuatro y media* (1). Esto hace seis horas de escuela por día. Para niños aún de 11 y 12 años, no es poca cosa. No se fija bastante la atencion en este hecho. Seis horas de aplicacion de espíritu y de atencion continua de parte de niños pequeños, que hasta en la escuela y fuera de la escuela, no piensan más que en jugar, en comer, en reír; esto es enorme. Pero no es ésto todo. De la escuela, llevan trabajo que hacer á la casa, lecciones que aprender, composiciones que corregir. Pongamos que este trabajo solo los ocupe dos horas; que con las seis de escuela, hacen ocho horas. Ya esto es demasiadamente excesivo.

Yo pregunto á todo hombre de buen sentido: ¿es ra-

(1) Es digno de compararse estas horas de entrada y de salida en Francia, con las que, en México, son ordinarias de 8 á 12 de la mañana, y de 1 ó 2 á 5, 6 y 7 de la tarde.

cional, es posible exigir de la tierna cabeza de un niño, un trabajo intelectual cualquiera, sobre esas ocho horas?

¿Y, de luego á luego, que secede con las instrucciones religiosas? ¿qué secede con el estudio muy, árido para un niño, de la letra del Catecismo? Porque, en fin, el trabajo del Catecismo, el trabajo de la instrucción religiosa, es un trabajo intelectual, si alguna vez lo ha habido. Se necesita para él, tiempo; se necesita para él, aplicación. Es necesario repasarlo á cada momento, porque el niño olvida tan pronto como aprende.

Nos responden á esto: ¿Pues no tienen el Jueves y el Domingo? Esos días no hay escuela.”

—Es verdad; pero, en primer lugar, el Jueves y el Domingo son días de descanso, y de descanso necesario. En segundo lugar, esos días, precisamente, hay el Catecismo, que está destinado, no para aprender la letra del Catecismo, sino para explicarla. Si los niños van al Catecismo sin estar bien preparados por el estudio material de la letra, el Sacerdote pierde su tiempo, y nada puede hacer ya por ellos.

Esta indispensable preparación debe tomarse á más de las ocho horas consagradas al estudio, á la lectura, á la memoria. Lo repito, fuera de esas ocho horas, ya exorbitantes, es un absurdo exigir del niño un trabajo de espíritu.

Y despues de esto, decidme: ¿qué idea se formará el niño del estudio de la Religion, el primero de todos, sin contradicción, cuando lo ve puesto como *á la cola*, y tratado de paso, con los otros estudios de gramática, de aritmética, geografía etc.? Le tendrá ódio, lo verá como un turba-fiesta, que cercena sus recreaciones.

En fin, cierto es que si los niños no oyen hablar de la Religion más que dos miserables veces por semana, jamás llegarán á conocerla como se debe; y además, se harán muy naturalmente esa falsísima idea de que la

Religion es extraña á su vida de cada día; y, en la práctica, aprenderán á no echar ménos la Religion.

Bien visto, esto es lo que quieren los enemigos de la escuela cristiana, digan lo que dijeren. Mas vosotros, padres y madres de la familia que sois cristianos; vosotros que habeis hecho bautizar á vuestros hijos, que esperais que hagan una buena primera comunión, que no vivan y que no mueran como perros, os lo pregunto: ¿es esto lo que vosotros quereis?

La Iglesia se une á vosotros para proclamar todo lo contrario; y precisamente porque sabe ella que sin la escuela cristiana es imposible á esos niños aprender, como deben, su religion, rechaza con todas sus fuerzas, como vosotros mismos debeis hacerlo, lo que ellos llaman la separacion de la Iglesia y de la escuela, es decir, la escuela sin Religion, la escuela sin crucifijo, sin oración, sin Dios.

IV.

QUE FRANCIA ES CRISTIANA, Y QUIERE QUEDAR CRISTIANA.

No soy yo quien lo digo, sino ella misma. En el último censo oficial, levantado por agentes á quienes, por cierto, no ahoga la devoción, la cuestión de la religion ha sido propuesta á cada familia, á cada individuo. Pues ved aquí algunas muestras muy significativas de esa estadística religiosa, imparcial, si hay imparcialidad.

En París, la capital de las revoluciones y pronunciamientos el foco de las sociedades secretas, de la Franc-masonería, de la Internacional: en París, la ciudad de todos los escándalos públicos y privados, sobre *un millon, ochocientos siete mil quinientos setenta y cinco* habitantes, ¿sabeis cuántos se han declarado libremente católicos? *Un Millon, setecientos treinta y dos mil quinientos veintinueve*. Y, por otra parte, ¿sabeis cuántos individuos se han declarado sin religion? Dos mil quinientos uno; ni uno más. Los demás, es decir, setenta y dos mil quinientos cuarenta y cinco, son luteranos, calvinistas, pietristas, anglicanos, cismáticos, judíos y turcos.

En Marsella, la proporcion ha sido la misma. De 312,864 habitantes, 296,101 se han confesado católicos; 16,544 se han dicho de otros cultos; y solamente 219 se han declarado libres pensadores.

En Ruan ha sido más manifiesto. De 120,470 habitantes, se encontraron 100,861 católicos, 1,590 disidentes de todas sectas, y tan solo 19 individuos sin religion.

En Lyon, Tolosa, Burdeos, Nantes, Lila, etc; la proporcion ha sido poco más ó ménos la misma; fuera de imperceptibles excepciones, todo el mundo se ha declarado católico; todo el mundo ha hecho profecion de creer en Jesucristo; y esto, repito, delante de gentes que representaban al Estado, al Estado sin Dios, al Estado sin fé.

¿Qué hay que responder á esos números? ¿No demuestran, claro como la luz, qué á pesar de sus locuras y de sus errores, nuestra Francia es cristiana y católica en el alma; que los que la creen perdida para Jesucristo y la Iglesia, se engañan de medio á medio, y que se la calumnia y se la insulta cuando se la trata como nacion sin religion?

La especie de apostasía oficial que, desde 1789, le ha hecho y le hace tanto mal todavía, no penetra hasta su

corazon; es una enfermedad de la piel, ya roja, ya tricolor, que la pone en peligro, pero que no la hace morir. No la haria morir más que llegando al corazon. Esa ficcion legal, esa apostasía oficial, es lo que se llama la separacion de la Iglesia y del Estado; y sobre ella es sobre la que nuestros radicales del dia quieren constituir, como sobre un fundamento real, su famoso sistema de la separacion de la Iglesia y de la escuela, ó, en otros términos, de la escuela sin Dios.

Si esa locura criminal llegara á dominar, seria una segunda locura añadida á la primera, un crimen público añadido á otro crimen público. Sería, además, la pérdida inmediata de nuestra Francia; como la separacion del alma y del cuerpo, para el hombre, la señal y causa de la muerte.

Si, digámoslo en voz muy alta, en el fondo y en su corazon, Francia es todavia hoy lo que siempre ha sido, el gran pueblo cristiano, la gran nacion católica. Si sus gobernantes la dejaran á sus verdaderas inspiraciones, se veria algo de maravilloso en su vida religiosa. La Revolucion no es la Francia, como quisiera hacerlo creer la demagogia. Ella no es la Francia, como las ruinas, los escombros, el lodo y la sangre que cubren una magnífica tierra, no son esta tierra. La Revolucion es impía, y la Francia es cristiana; la Revolucion blasfema de Jesucristo, y la Francia, la verdadera Francia, le adora.

¿Qué vienen, pues, á proponernos esos cuantos hombres sin fé, sin Dios? ¿Qué vienen á contarnos sus escuelas sin religion? ¿Por quiénes nos toman ellos? ¿Por quién toman á la Francia?

Ya sé que invocan la libertad de cultos, la cual nada tiene que ver aquí, puesto que la causa que defendemos contra ellos, es comun á católicos y protestantes. Los protestantes, á pesar de sus errores, creen, como nosotros, en Jesucristo; y la escuela sin religion, es

contra sus principios, no ménos que contra los nuestros. No hablo aquí de los Judíos, porque son tan poco numerosos, que no podriamos hacerlos entrar en cuenta, y tambien porque generalmente son tan ricos que tienen tantas escuelas isrraelitas cuantas quieren. La cuestion versa únicamente entre los cristianos y los hombres SIN DIOS; por tanto, en Francia, la cuestion está del todo resuelta.

Luego preguntar á los padres y madres de familia: “¿Es necesario que la escuela á que enviáis vuestros hijos, sea una escuela cristiana?” es tener anticipadamente seguridad de un SÍ casi unánime.

Y los que se atreven á responder NO, los que quieren imponer su sistema á la casi unanimidad de sus conciudadanos, esos son unos insensatos y unos perturbadores, que la conciencia pública rechaza con indignacion.

Si en los de arriba el buen sentido patriótico no estuviera oscurecido por las preocupaciones volterianas y por la ambicion personal, esas locuras criminales no podrian producirse impunemente. Son crímenes de lesa-patria.

V.

POR QUÉ LADO PECAN LOS RACIOCINIOS DE LOS ENEMIGOS DE LA ESCUELA CRISTIANA.

Nuestros demagogos y nuestros ideólogos, parten todos, más ó ménos, de esta idea *archifalsa*, ó que no hay religion verdadera y necesaria, ó que Nuestro Se-

ñor Jesucristo no es Dios hecho hombre como lo afirman á la vez sus palabras y sus milagros; ó, en fin, que la Iglesia y el Sacerdote, ministro de la Iglesia, no están encargados por Dios mismo de enseñar á todos los hombres á practicar la verdadera Religion, la Religion de Jesucristo.

Cuando se les dice esto levantan el grito.

“Nada de eso, dicen; solamente queremos que la Iglesia y la escuela no se confundan; queremos que la Religion se enseeñe en la Iglesia, y que no se haga mencion de ella en la escuela; cada uno en su casa; he ahí lo que queremos.”—Sí, sin duda, cada uno en su casa; y nosotros, como vosotros, tampoco queremos confundir la escuela con la Iglesia, el instructor con el Sacerdote. Pero una cosa es la *confusion*, y otra cosa es la *union*. Nosotros queremos que la escuela esté *unida* a la Iglesia.

Y así como por la “*escuela*” entendemos, no la casa donde se da á nuestros hijos la instruccion primaria, sino precisamente esta instruccion misma, así por “*Iglesia*” entendemos, no la iglesia material, la Casa ‘de oracion, sino la Iglesia docente, el Sacerdote que representa á la Iglesia y es el ministro de la Religion.

“¿Cada uno en su casa,” nos dicen? Sí, cada uno en su casa; pero hay *alguno* que, en cualquiera parte que esté, está en su casa, y que, con justicia, no puede echarse de ninguna parte; este es Dios, es Jesucristo, Dueño y Señor.

En la escuela más que en ninguna otra parte, está “*en su casa*.” Efectivamente los niños á quienes el maestro de escuela enseña á leer, á escribir, á contar, etc., ¿esos niños no son de Jesucristo? ¿No son bautizados, no son unos pequeños cristianos? ¿No los ha rescatado Jesucristo en la Cruz con el precio de toda su sangre? ¿No son hijos de la Iglesia? Esto es un hecho, un hecho evidente. ¿Quién se atreverá á negarlo?